



El Hospital General Docente Guillermo Domínguez López, del norteño municipio de Puerto Padre, en Las Tunas, contará muy pronto con su propia planta de oxígeno medicinal, tras la reciente llegada de dicho sistema industrial al centro, uno de los más importantes del territorio. Así lo confirmó, el perfil institucional del Guillermo Domínguez en Facebook, e informó que, tras instalarse la planta de oxígeno, podrá no solo disponer del aire medicinal, sino también en todo el norte de la provincia. La generación de nuestras propias botellas de gases para emergencia y autoconsumo en el hospital, y en otras unidades asistenciales del territorio, será un avance de significativa importancia, reseñó la ACN.

El camino del Escambray

GRAZIELLA POGOLOTTI



En lo alto de una colina se edificaba La Yaya, un pueblo nuevo destinado a ofrecer vivienda digna a los pobladores comprometidos a impulsar un ambicioso plan de desarrollo. Para realizar su trabajo, los constructores habían instalado una planta eléctrica. La luz se proyectaba hacia toda la zona como poderoso imán ante la mirada de los habitantes del territorio. Sometida a años de duro enfrentamiento que había tronchado vidas con la consiguiente fractura de la unidad de las familias situadas en campos opuestos, la zona no había podido recibir los beneficios introducidos por la transformación revolucionaria del país.

Recién llegados, en espera de nuestra ubicación definitiva en los lugares donde emprenderíamos nuestro proyecto de animación cultural, permanecíamos en una casa semiabandonada. La brisa nocturna producía un rumor algo siniestro en los pinares de los alrededores, ambiente propicio para revivir historias de fantasmas que a veces parecían cobrar dimensión real con las correrías de los puercos jibaros que andaban por la zona. Habíamos contado con el respaldo del Grupo Escambray para que Nicolás Chaos, entonces al frente del extenso regional Escambray, aprobara nuestro propósito de contribuir a la animación cultural del territorio. Yo había acumulado cierta experiencia en la difusión del arte y la literatura, sobre todo en mis años de labor en la Biblioteca Nacional, junto a María Teresa Freyre de Andrade.

El proyecto renovador consistía en la edificación de tres pequeños conjuntos urbanos –La Yaya, El Tablón y La Parra– dotados de electricidad, agua corriente, acceso a la televisión y a escuelas urbanas modernas, para

alojar a la fuerza de trabajo encargada de atender un plan de desarrollo ganadero en gran escala, mediante la aplicación de las formas de pastoreo propuestas por el francés André Voisin y el cruce del resistente Cebú con las altamente productivas vacas Holstein. Tal y como se había previsto, el resultado acrecentaría la disponibilidad de leche que permitió instalar en Cumanayagua una fábrica de quesos de variada tipología con la ayuda de técnicos entrenados en Italia. A los campesinos dispuestos a integrarse voluntariamente al cambio de vida, el Estado remuneraría el arriendo de las tierras otorgadas por la Reforma Agraria y los autorizaría a utilizar una parcela para solventar las demandas del autoconsumo. Los viejos podrían disfrutar en la pantalla la evocación del ya desaparecido guateque, mientras los jóvenes sucumbían al encanto musical que les ofrecían las transmisiones de *Nocturno*.

A pesar de tan miríficas perspectivas, la propuesta colocaba a los campesinos ante una dramática disyuntiva. Conscientes de las ventajas materiales derivadas del ingreso en la modernidad, los valores forjados a través de la tradición y la cultura constituían fuertes ataduras que los anclaban en el pasado. La aspiración a tener un pedazo de tierra propia había arraigado en las conciencias a lo largo de la historia. Trabajadores esforzados disponían de libertad en el modo de administrar su tiempo, a la que habrían de renunciar a la hora de someterse a la disciplina horaria inherente a la condición de obreros asalariados. Guardaban un vínculo sentimental con el hogar edificado, mediante enormes sacrificios, con las propias manos con los árboles que habían visto crecer.

Recién llegados al Escambray, formados en el seno de la modernidad, pisábamos tierra desconocida. Casi paralizados por el desconcierto, nos interrogábamos acerca del modo más

eficaz de insertarnos en un proyecto transformador. Reconocíamos la existencia de múltiples saberes. No podíamos presentarnos como misioneros paracaidistas portadores de la verdad. Diseñamos un modelo de investigación cualitativa que inducía al interlocutor a acercarse al redescubrimiento de sí mediante el rescate de su memoria, la verbalización de sus conflictos actuales y el planteo de sus expectativas de futuro. Por su fundamento dialógico, el método empleado en la indagación inducía a un doble aprendizaje. Los universitarios iban descubriendo las claves de otra cultura. Los campesinos se entrenaban en un ejercicio del pensar que favorecía el reconocimiento de sí, de su inserción en un proceso histórico concreto con el consiguiente replanteo del sentido de sus vidas. A despecho de criterios establecidos por los manuales al uso, no se interponían barreras de desconfianza entre los interlocutores. Todo lo contrario. Al observar el paso de los jóvenes que recorrían la zona sobre sus cabalgaduras, un cordial «Desmóntese», invitaba a seguir la conversación con una tacita de café en taburetes recostados al muro en lo más íntimo del bohío, cerca de la cocina, donde al calor de la leña se preparaba la pitanza de cada día.

Convertido en acción cultural concreta, el intercambio dialógico estimuló un intenso proceso de introspección en nuestros interlocutores. La gran mayoría optó por acogerse a las ventajas derivadas de un cambio de vida. Durante varios años, los seguimos acompañando en el tránsito hacia nuevas modalidades de convivencia social. Adaptamos los procedimientos a las nuevas circunstancias sin abandonar nunca los principios que nos animaron desde el comienzo, apuntalados en el respeto mutuo y en la implementación de distintas formas de diálogo, nunca autoritarias, orientadas siempre a favorecer el reconocimiento de la realidad en toda su complejidad no exenta de

contradicciones. El relato de aquellas experiencias, de los tanteos, dudas, aciertos y errores sería también el de las repercusiones, en términos objetivos y en el plano de la subjetividad, de la lucha por la supervivencia a partir del periodo especial, tangibles ahora en La Yaya, en El Tablón y en La Parra.

Sin embargo, para quienes aceptamos los desafíos de una aventura hacia lo desconocido, las vivencias de entonces modificaron definitivamente nuestro modo de afrontar los problemas de la cultura. Asumir una perspectiva antropológica no implicaba echar por la borda los conocimientos adquiridos por vía académica. Al término de cada jornada, mis alumnos de Licenciatura Francesa se enfrascaban en el estudio de *El barco ebrio* de Arthur Rimbaud y seguían las huellas del pequeño Marcel, «en busca del tiempo perdido», a lo largo de los caminos de Swann y de Guermantes. Pero lo hacíamos desde un conocimiento más profundo de la historia cultural del país, hecha del entrecruzamiento y contaminación de cultura, tradiciones y valores. En el territorio soterrado de la subjetividad, fuente de vida y depósito de una espiritualidad muchas veces acallada, convivían los sueños compartidos en favor de la plena emancipación humana y el lastre de prejuicios sembrados por la colonización. No se trataba, como planteaban algunos en los febriles años 60, de «ascender» o «descender» al pueblo. Porque, atentos a la definición de Fidel en *La historia me absolverá*, a tenor de las circunstancias del momento histórico, todos integramos, a partir de sueños compartidos, ese conglomerado social, ese complejo conglomerado, desde los científicos que elaboran vacunas, hasta el trabajador de la tierra, portador de un saber transmitido por el legado de sus padres y abuelos. El factor cohesionador determinante consiste en descubrir lo que somos y liberar la potencialidad creativa latente en cada uno. (Tomado de *JR*)

Cecilio Avilés, despedido como a un padre

LAURA MERCEDES GIRÁLDEZ



«¡Va a ser un Cecilín!», avizoraban sus amigos a Cecilio Avilés, al conocer que la esposa de ese pintor y dibujante estaba embarazada. Aunque a la pareja les nació una niña, el artista de la plástica se convirtió en padre por partida doble: de su pluma vio la luz Cecilín, junto a la cotorra Coti, y el universo de la historieta y los dibujos animados en Cuba los sumó a su familia.

Avilés, a sus 77 años, se ha despedido del mundo este domingo, con la satisfacción de ser no solo un creador de talla mayor, sino también un maestro.

Durante años, una generación de niños aprendió a dibujar bajo su guía, desde la Revista de la mañana, mientras que con el

proyecto sociocultural comunitario Imagen 3, hizo crecer la fantasía en el Paseo del Prado, ocupando el tiempo libre de los más pequeños de casa en las artes plásticas, el diseño gráfico y la música.

Con ese espacio no pretendía convertirlos en profesionales, sino ofrecerles nociones básicas en esas ramas, despertar su interés por el arte y descubrir la vocación en quienes la tenían. Incansable en el quehacer de formar seres sociales dotados de una cultura de la apreciación y la estética, esparció la magia de Imagen 3 por diversos sitios de La Habana, e incluso, en otros países, donde su labor ha recibido el reconocimiento que su talento merece.

Cuando en 2010 fue galardonado con el Premio Nacional de Cultura Comunitaria, mucho

había hecho ya Cecilio Avilés en los barrios: caballetes, pinceles, crayolas, tallas en madera, tejidos... formaban parte del entorno de muchas calles, cada fin de semana.

Juventud Rebelde y Pionero se honraron con la huella, en sus páginas, de ese artista en constante superación.

Aunque *Cecilín* y *Coti* fue su historieta más popular, el mulato liberto Marabú y la aventurera periodista Yami, quedan como constancia de una trayectoria plagada de imaginación y competencia.

A Cecilio Avilés lo despide su pueblo como se despide a un padre, sabiéndose abrazado por la obra dedicada a acompañar más que a entretener, con la certeza de que hay hombres que no se van, aun cuando la muerte los lleva a otra dimensión.

Elefantes...

TERESA MELO



Todos los buzones traen noticias de guerra que se vuelven obsoletas al minuto, porque eso de aplastante e incierto tienen las guerras: nada es estático, todo envejece.

Ya de por sí desconfío de la inmediatez a toda costa, porque se parece mucho a la superficie de las cosas, al pedazo de elefante que no nos ofrece la visión completa.

Tremendo: dos millones de personas vieron en línea, durante ¿dos horas?, un video juego, anunciado como una invasión real. De mucho carece el ser humano, pero no de morbo. Y de miradas veladas.

Yo también condeno la

guerra, pero todas las guerras, incluida esa que se le hace a Cuba con bombas de otro calibre.

Si el mundo hubiera aplicado con el mismo entusiasmo la retahíla de sanciones que caen sobre Rusia a cada minuto, a los promotores de pasadas y presentes guerras, o sea, a Estados Unidos, los países de la OTAN, y los satélites arrodillados a su mandato, muchas vidas se habrían salvado. Pero es una realidad imposible; los que han provocado todas las guerras son los sancionadores.

Mención aparte al periodismo, también satélite, que sin sonrojo miente a sabiendas, aunque el titular de la mañana diga lo contrario que el de horas después. Nada importa. La verdad va herida; el elefante se despedaza.

Ojalá todavía sea tiempo...